



Imanol Ollaquindia

© Sergio Padura

Estamos en febrero de 2015. Hemos tenido un período de intensas nevadas y, tras algunos días estables, la montaña se encuentra en buenas condiciones para esquiar. El día 17 subo solo por el bosque de Gabardito hacia las Cutas. Desde la cima veo la arista este de Punta Aguerri que está perfecta para poder ascenderla y bajarla con esquís. Durante la bajada disfruto como un niño por las diferentes nieves y cruzo el Salto de la Vieja esquiando y gozando como pocas veces se deja este paraje.

El mundo está lleno de lugares hermosos, montañas preciosas, valles atractivos, ríos con fuerza... Pero no sé por qué, hace veinticinco años decidimos instalarnos en el Valle de Hecho. A lo largo de estos años muchos somos los que hemos venido, pero casi nadie los que nos hemos quedado. Nací en Euskal Herria, junto al mar. Recuerdo de niño "hacer perrita al agua" en el muelle de Donostia con el dinero, merendar y subir corriendo al Castillo; allí empecé a escalar por las murallas, subir al Sagrado Corazón y ver aquellas montañas que rodean las diferentes urbes como si fuera un circo. Me aprendí poco a poco todos los nombres y, poco a poco también, subí a todas ellas. Unas veces al primer intento y otras al cuarto, pero fue así como comencé a abrir mi gran ventana durante más de cuarenta años. Después vinieron los maravillosos viajes a Pirineos, los veranos escalando en los Alpes, nuestro primer gran viaje al Himalaya, a los Andes... Fui haciendo mi ventana cada vez más grande, acompañado siempre de gente maravillosa. Durante unos años, y por motivos laborales, mi ventana se empañó, pero gracias a mi vieja polar pude limpiar el cristal y ver de nuevo aquellas vistas que me dieron las ganas

de romper con todo y venirnos a vivir al Pirineo. Durante mi vida en los Pirineos descubrí el esquí de montaña, aprendí a conocer la nieve, a sentirla. Conocí el Pirineo en invierno, la nieve grumosa del Atlas, subí a Noruega y descubrí la nieve polvo junto al mar, la nieve disfrutona de Polonia y Eslovaquia, la nieve harinosa de Georgia, el exotismo de Rumania y la nieve inimaginable de Japón.

El día 18 quedo con Carlos para intentar nuestro ascenso y descenso. Salimos del refugio de Gabardito con la idea de estar de vuelta hacia el mediodía. Llegamos al Salto de la Vieja, la ruta no presenta dificultad y la hacemos en alegre conversación. Tengo que apoyar mis esquís en una roca, como muchas veces, pero... unos traspiés, un desequilibrio... y siento que la montaña me traga. Caigo por una pequeña canal y no sé si tirar del ABS o agarrarme a una rama; opto por lo segundo y siento el vacío, el golpe y la oscuridad. Tras un "salto" de unos 40 m me quedo en una repisa de nieve a poco de otro salto definitivo. Siento que mi compañero Carlos llega y, por su voz, intuyo la gravedad de la situación: trata de asegurarme y va a dar aviso. Mi cuerpo pierde temperatura y un dulce sueño me atrapa; tengo que luchar contra él para no irme. Cada vez mi ventana se vuelve más negra. Tras más de dos horas, el helicóptero de rescate me saca de allí, me trasladan a otro medicalizado y hago el viaje al hospital de Zaragoza en un sueño dulce y caliente.

Despertar en la UCI es muy duro. No sabes qué vas a ser, el miedo me corre por todo el cuerpo cada vez que intento mover una parte del mismo: estoy roto pero vivo. Pero el miedo se instala en la mente pensando qué clase de vivo soy. Pienso en lo que he luchado para llegar hasta aquí y todos mis años

de experiencias me servirán para afrontar los duros momentos que están por venir...

Ahora estoy en la cama y solo me separan cinco pasos hasta la ventana. Cinco pasos difíciles y duros que ahora no tengo fuerzas para dar, pero algún día los daré. Cuando saque la cabeza por la ventana volveré a soñar, sé que no podré hacerla ya tan grande como la que tenía, pero después de ver la ventana negra, cualquier sueño será bonito, aunque no todos puedan hacerse realidad.

